

HISPANIA



[Faint signature and date]
1892

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO

Portada, por J. Cusachs. — Un bebé, por F. Domingo. — La estrella del rey Carlos de Suecia, por E. Sienkiewicz; ilustraciones de V. Lecomte. — Despedida de Gil Blas, por D. U. Vierge. — Crónica científica é industrial, por M. Rubió; ilustrado con fotografías. — El Rally-Paper, por N.; ilustrado con fotografías. — De los tercios de Flandes, por F. Domingo. — De luengas tierras, por M. Lassala. — A la aventura, por J. Torres. — Costa de Levante, por A. Mas y Fondevila. — Biombo pintado sobre piel, por V. Codina Langlin. — Los Nibelungos (Continuación). — Desde la platea, por Alberto. — En la alameda y En el Bosque, fotografías artísticas remitidas por Don Eusebio Bertrán. — El niño Salvador Medina y Montoro, favorecido con el primer premio en el Baile infantil de trajes del teatro de Novedades. — Lo que se lee. — Sección de Ajedrez.



F. DOMINGO

UN BEBÉ

La estrella del rey Carlos de Suecia



Enrique Sienkiewicz

Mientras que todos aquellos cuya mano sentíase capaz de sostener una espada preparábanse al combate en toda la república de Polonia, Carlos Gustavo quedaba en Prusia ocupado en la conquista de las ciudades y en las pláticas con el Elector.

Tras una fácil victoria el soldado perspicaz notaba de pronto que aquella conquista, gloriosa para el león sueco, podía costarle cara.

El regreso de Juan Casimiro, rey de Polonia, destruía para siempre la esperanza de conservar la República íntegra; al menos el monarca escandinavo quería conservar la mayor porción posible, y abarcando todo, aquella Prusia, provincia rica y fértil, llena de grandes ciudades á más de estar limitrofe á sus Estados; pero este país vencido vivía obstinadamente fiel á su primer dueño y á la república.

La vuelta de Juan Casimiro y la guerra declarada nuevamente por la Confederación de Tysch, podían reanimar el espíritu patriótico de estas provincias, excitarlas á la resistencia.

Carlos Gustavo lo comprendió así y resolvió vencer para siempre la rebelión, destruir las fuerzas del rey de Polonia y quitar á los prusianos toda esperanza de socorro.

Debiendo hacerlo así, no lo hizo á causa del Elector, siempre dispuesto á amparar la causa del más fuerte. El rey de Suecia conocía entretanto el personaje; no podía dudar que en el caso de una mudanza de fortuna propicia á los polacos, el Elector de Prusia volvería á hacerse su aliado.

No obstante, el sitio de Melboy no adelantaba poco. Aquella fortaleza era siempre defendida con encarnizamiento por Weiter. Carlos Gustavo invadió el territorio de la República, decidido á alcanzar y aplastar á Juan Casimiro en su último refugio.

Y como en este hombre la acción seguía inmediata-

mente al pensamiento, del mismo modo que el trueno sigue al relámpago que le anuncia, antes que el ruido de esta nueva invasión se extendiera hasta Polonia, el rey de Suecia, reunido que hubo á toda prisa sus tropas diseminadas en los campos, tocó en Varsovia, y sin detenerse fué más lejos y arrojóse en plena hornaza, en el terrible incendio que devastaba todo el país. Y cual la tempestad avanzaba destruyendo todo á su paso, devorado por la cólera, la venganza y el odio. Diez mil jinetes le seguían sobre las estepas cubiertas aun de nieve. Marchaban como el soplo del huracán por mitad de la República.

Á su paso, el suelo consumía y mataba todo sin piedad. Este no era ya el Carlos Gustavo de otras veces, el soberano clemente, humano y placentero. En todas partes donde aparecía hoy, la sangre de la nobleza como la del pueblo ¡ay! corría á mares. Por su parte él mataba á los rebeldes, colgaba á los prisioneros y no hacía gracia ni merced á nadie.

Pero cuando en las tinieblas del bosque profundo, donde el eco taciturno y formidable avanza lentamente sin que los lobos embravecidos que le siguen osen aún atacarle, lo mismo en este desierto de estepas innumerables compañías de partidarios y voluntarios seguían paso entre paso al ejército sueco siempre dispuesto á su favor. Los que le precedieron en el camino de la victoria destruyeron los puentes, quemaron los villorrios y acabaron las provisiones. El vencedor escandinavo marchaba literalmente en un desierto, no encontraba un abrigo para el reposo, un trozo de pan para sus soldados hambrientos.

Carlos Gustavo comprendía, en fin, cuanto su empresa tenía de temeraria. La guerra le cercaba por todas partes, cada día era más terrible, más agresiva, como una marea que sube. Prusia estaba ardiendo, la Gran Polonia, que en otro tiempo había aceptado la primera la conquista sueca, no pensaba sino en sacudirse el yugo.

La Polonia menor y la Lituania estaban también ardiendo.

En los castillos, fortalezas y grandes ciudades, el poder de los suecos se mantenía aún; pero las llanuras, los campos, los prados, las selvas, las riberas y las fuentes eran reconquistadas por los polacos. No sólo algunos soldados aislados, sino un regimiento entero no podía apartarse sin peligro del ejército sueco. La pérdida era cierta; los rezagados desaparecían, y decíase que los prisioneros caídos en manos de los paisanos perecían en medio de terribles torturas.

Inútil fué que Carlos Gustavo hiciera anunciar en todas las ciudades y villas que todo lugareño que hubiera



conducido al campo sueco un hidalgo polaco hecho prisionero, muerto ó vivo, que todo esclavo reunido á la causa de la invasión, estaba libre y perdonado por la voluntad real. Los lugareños hicieron causa común con la nobleza. El pueblo de las montañas, el de los bosques y las estepas se ocultaba en las malezas huyendo ante el enemigo, tendiéndole lazos á cada paso y atacando á la vanguardia; los palos, los falsos cuchillos de los lugareños estaban rojos de sangre sueca, al igual que los sables de los señores y de los nobles.

Y lo que sobre todo exasperaba al rey Carlos era que este mismo país, súbitamente revolucionado hoy, lo había conquistado algunos meses antes casi sin dificultad. ¿De dónde procedían estas fuerzas nuevas, esta resistencia inesperada, aquella guerra sin piedad, de la cual no podía prever el fin?

También eran frecuentes los consejos de guerra en el

estado mayor del ejército.

Entre los que acompañaban al rey en aquella campaña figuraba el príncipe Adolfo, hermano de Su Majestad, Robert Douglas, Enrique Horn Valdemar, conde de Danemark, Müller Aszemberg, y el más célebre de todos, el antiguo bandido Alfredo Wittemberg, feldmariscal y generalísimo. Iban más aún, todos conocidos por su genio militar y sus hazañas, cuya gloria no sobrepujaba la del rey.

Por otra parte, todos comenzaban á temer que aquel valiente ejército pereciera de privaciones y de fatiga. El viejo Wittemberg

protestaba contra la nueva campaña:

— ¿Cómo podría Vuestra Majestad alcanzar al enemigo que nos huye, que evita todo encuentro, que nos precede en el camino de Polonia y que destruye todo á su paso? ¿Qué haremos el día en que nuestros caballos revienten de hambre y corran igual suerte nuestros soldados? ¿Dónde están los nuevos ejércitos que vendrán en nuestro socorro? ¿Dónde los castillos y fortalezas en que podamos reposar y rehabilitarnos? No trato por cierto de comparar mi mérito con el de mi rey; pero si yo fuese Carlos Gustavo, no arriesgaría por nada una gloria á tan alto precio adquirida, con respecto á tal victoria en semejante campaña.

Pero Carlos Gustavo le respondió simplemente:

— Yo hablaría como vos si me llamara Wittemberg.

Y se adelantaba, pues, tras de una marcha invencible, á pesar de tantos obstáculos, perseverados por el glorioso jefe del ejército polaco, Czarniecki.

No teniendo éste tropas bastante numerosas, bastante disciplinadas para emprender una lucha abierta, evitaba todo encuentro; huía delante de los suecos, pero continuaba contra ellos una guerra encarnizada de emboscadas. El ejército sueco no sabía nunca dónde se encontraba este invisible y formidable adversario, siempre preparado para los ataques inesperados y rápidos como el relámpago; frecuentemente, entre las nieblas del crepúsculo y de la noche los suecos creían ver enemigos emboscados en los montes, ocultos tras la espesura de las selvas impenetrables; locos de rabia comenzaban entonces un fusileo inútil y burlón contra estos imaginarios adversarios. Una fatiga horrible abrumaba á los soldados escandinavos; marchaban adelante por aquella tierra conquistada, pero enemiga, seguidos continuamente por el frío, el hambre y la desesperación, en la creencia perpetua de un ataque decisivo de su invencible y formidable adversario.

Al fin llegaron á reunirse en las cercanías de Goleb, cerca del Vistula.

Muchos regimientos polacos, preparados ya para el combate, se precipitaban con violencia sobre el enemigo, sembrando en sus filas el espanto y el desorden.

Así lo hizo inmediatamente Wolodyjowsky, con su famoso regimiento de Landau, que atacó al príncipe heredero de Danemark, mientras que Samuel Viawecki con sus caballeros aniquilaba la legión extranjera de los mercenarios ingleses de Wikilson.

En un abrir y cerrar de ojos los suecos fueron rechazados hasta el Vistula. Visto el desastre, Douglas se dio prisa por llegar á la ayuda con sus mejores tropas. Pero este refuerzo no pudo detener el desastre general. Los suecos, enloquecidos se precipitaban desde lo alto de los bordes del Vistula, muy escarpado en este sitio el rio, recubierto de una espesa capa de hielo, sobre la cual los heridos y los muertos se amontonaban.

Pero en este instante, Carlos Gustavo con sus regimientos y su artillería llegó al campo de combate, y la fortuna variable pareció sonreír á los suecos. Las tropas de reserva de Czarniecki, mal disciplinadas, no supieron resistir al ataque inesperado del ejército enemigo, y pronto emprendieron la fuga en dirección á Wiepar.

Czarniecki, queriendo al menos reservar cierta parte de sus tropas distinguidas, aquellas que tan briosa mente habían comenzado la jornada, desesperado Czarniecki hizo tocar retirada. Una parte del ejército polaco obedeció en dirección á Wiepar y la otra en la de Kouskowoli, abandonando el campo de batalla, y la victoria, incierta un instante para Carlos Gustavo, triunfaba una vez más.

El júbilo era inmenso en el campo sueco. Sólo el triunfo y el botín de aquella victoria fueron por demás gloriosos: algunos sacos de grano y algunos carros vacíos. Pero Carlos, por esta vez al menos, no pensó en el botín. Necesitaba el consuelo moral de una victoria, y la había obtenido.

Le hacía dichoso poder probar que la fortuna le seguía fiel como en tiempos pasados, en los que á él le había bastado aparecer para vencer. ¿Y cuál era su adversario? ¡El ilustre Czarniecki, la última esperanza de Juan Casimiro y de la República!

Esperaba que aquella noticia repercutiría pronto en

todo el país, y todas las voces de la derrota repetirían al unísono la terrible verdad. ¡St! ¡Czarniecki estaba vencido! y los cobardes y traidores, exajerando las proporciones del desastre, quitaban todo el valor de aquellos mismos que volvían á recuperar las armas.

También cuando se condujeron los sacos de grano, único é irremisible botín del combate, el rey de Suecia, dirigiéndose á sus generales, todos inquietos aun, les dijo:

—Que el velo de inquietud que sombrea vuestros rostros se disipe, señores, porque esta es la victoria más grande que hemos conseguido después de un año, y ella por sí sola pone fin á la guerra.

Pero Wittemberg, que más sufrido y más endeble que de costumbre veía todo negro, le respondió:

—Damos gracias á Dios por habernos concedido la victoria.

Que El nos permita al menos, continuar tranquilamente esta campaña; y no obstante — Vuestra Majestad lo sabe bien —, si los ejércitos



de Czarniecki se dispersan bien pronto, pronto también reaparecen con una rapidez no menos sorprendente.

El rey le interrumpió:

—Á la verdad, señor mariscal, vuestra gloria de gran capitán es semejante á la de Czarniecki, y por consiguiente, si vos hubiéseis sufrido un golpe parecido al que abate su orgullo, vos mismo, de aquí á dos meses, no podríais reunir un ejército nuevo.

—Sí, en adelante la victoria es segura. Sólo Czarniecki podía disputárnosla; pero vencido Czarniecki, ya no hay más obstáculos.

Los generales suecos participaron pronto de la alegría de su glorioso soberano. Su confianza les granjeaba poco á poco.

Las tropas, borrachas por su triunfo, desfilaron ante los ojos de Su Majestad con gritos de entusiasmo y cantos de victoria.

Czarniecki no les inquietaba ya. ¡El gran enemigo, derribado, no existía! Y aquel pensamiento le hacía olvidar las miserias recientes. La victoria volvía aceptables las pruebas próximas. Las palabras reales que varios oficiales habían oído, se repetían en el campo frecuentemente, y todos comenzaban á creer en una muy importante victoria. Los días de venganza y de dominación estaban, pues, cercanos.

El rey concedió á las tropas algunas horas de descanso. Estaban éstas acampadas en Krowienik y en Lyrsyn; los vieneses habían llegado. Se habían conquistado y quemado las casas abandonadas por los habitantes; algunos paisanos con las armas en la mano, se habían rendido sin resistencia después de un gran festín en aquel lugar. Después los soldados escandinavos se durmieron con un profundo sueño, profundo porque después de mucho tiempo era este un sueño tranquilo.

Al día siguiente, á la hora de la revista, las primeras palabras que vibraron en los oídos de todos fueron las siguientes:

—Czarniecki está vencido.

El ejército sueco se pone en marcha en las mejores disposiciones.

La jornada era fría, pero serena.

Un viento glacial había helado el mar, tan extenso en el término de Lublin. Este camino, entretanto, conservábase en buen estado. Dos regimientos de dragones, al mando del francés Dubois, habían partido á la descubierta en dirección á Grabow. Se alejaban así una legua del grueso del ejército.

Tal imprudencia se hubiera considerado imposible poco tiempo antes. Pero hoy la gloria y el temor de una reciente victoria marchaban delante de los que ayer parecían amenazados de una muerte cierta.

El ejército sueco seguía tranquilo su marcha. Del fondo de los bosques esta vez no salieron, como otras, gritos amenazadores á su paso. Aquellos golpes, traídos antes por los invisibles enemigos, no resonaron ya en las avenidas.

Al amanecer, Carlos llegó á Grabow. El rey estaba bien dispuesto y de un humor excelente. El soñaba ya en un reposo bien ganado, cuando el general le envió á decir, con el oficial de guardia, que deseaba hablarle esta misma noche de un asunto grave.

Esta audiencia le fué concedida.

El general entró poco después en las habitaciones del rey; Aszeberg no iba solo, le acompañaba un oficial del regimiento de dragones de Dubois. El rey, que con su mirada penetrante, profundizaba siempre en el fondo de sus recién llegados, adivinando con su vista lo que decían los rostros de éstos, y cuya memoria era talmente segura



que se acordaba de los nombres de todos sus soldados, el rey reconoció de seguida á este oficial.

—¿Qué noticias me traéis, Fried? preguntó. ¿Está Dubois de regreso?

—¡Sire, Dubois está muerto! respondió Fried.

El rey se turbó. Entonces se apercibió que el capitán de dragones estaba pálido como un muerto, y que su uniforme estaba desgarrado y cubierto de polvo y de sangre.

—¿Y mis dragones? ¿Y vuestros dos regimientos?

—Todos muertos, sire, todos muertos hasta el último. Sólo yo he podido escapar.

El rostro súbitamente sombrío del rey apareció más receloso y más taciturno.

—¿Quién ha hecho eso?

—¡Czarniecki!

Carlos Gustavo se turbó, y después de mirar largamente á Aszeberg, aterrado como él, tras un largo silencio continuó interrogando al oficial:

—Todo eso es casi increíble. ¿Has asistido tú al combate? ¿Has visto tú esa mortandad?

—Del mismo modo que tengo el honor de contemplar ahora los ojos de mi soberano. Él me ha encargado que salude á Vuestra Majestad y le diga que ahora iba á pasar á la otra orilla del Vistula; pero que continuaría siguiéndonos, siempre dispuesto al ataque. No sé si ha dicho ó no verdad.

—Bien, dijo el rey de Suecia afectando calma. No creo que sus tropas sean, pues, más numerosas que las nuestras.

—Cuatro mil hombres más, sire. Nos han atacado cerca de Viersiczyń, sobre el cual el coronel Dubois se había dirigido apartándose del camino, porque se le había advertido que tropas enemigas iban á cercarnos la ruta. Este era un lazo infame. Nosotros caímos en una celada. Ni uno de mis camaradas ha podido escapar á la muerte.

—Este hombre ha debido terminar bravamente un pacto con las potencias infernales, dijo el rey bruscamente. Porque osar atreverse con nosotros inmediatamente después de una derrota como la de ayer, eso está por encima de las fuerzas humanas.

—Los temores del mariscal de Wittemberg se han realizado, murmuró Aszeberg.

—¡Vos no sabéis más que prever y anunciar la desgracia, gritó el rey, pero nunca conjurarla!

Aszeberg palideció y se turbó. Carlos Gustavo, cuando estaba de buen humor, parecía la bondad misma; pero le bastaba fruncir las cejas para inspirar un terror pánico á todos los que le cercaban. No obstante, se calmó y continuó preguntando á Fried.

—¿Las tropas de Czarniecki son muy valientes?

—Incomparables, sire, sobre todo la caballería.

—Sí, seguramente son esos los regimientos que nos han atacado los primeros ayer en Goleb. Sin duda son viejos soldados. ¿Y Czarniecki mismo se ha armado nuevamente de valor?

—Sí, sire, hasta tal punto que podría creerse que ha sido él quien ha ganado la victoria. En todo caso ellos han olvidado ya su derrota de la víspera. No pensaban más que en la revancha obtenida hoy. Vuelvo á repetir á

Vuestra Majestad lo que Czarniecki mismo me ha encargado que os repita. Mas en el mismo instante en que iba á partir, ileso por milagro, un viejo soldado, fornido, de andar hercúleo, se me aproximó y me dijo que él era aquel cuya mano sacrílega había herido en otro tiempo de un golpe mortal al grande, al inmortal Gustavo Adolfo. Este hombre osó también insultar á Vuestra Majestad y los otros le hicieron coro. La audacia de los polacos no tuvo límites. Yo me fui perseguido por un largo clamoreo de insultos.

—¿Y qué importan sus insultos? gritó Carlos Gustavo. Czarniecki no está destruído, su ejército existe aún, he ahí lo importante. Razón de más para continuar vuestra marcha adelante, á fin de alcanzar y destruir lo más pronto posible la última fuerza polaca. Señores, ya no os detengo más. Hasta mañana.

Los oficiales se inclinaron y salieron.

Carlos Gustavo quedó solo y pensativo.

Así aquella victoria de Goleb era inútil. No cambiaba en nada la situación presente, al contrario. Sin duda no había hecho más que aumentar la rabia y el resentimiento del país atacado sin razón por los suecos, invadido y aterrorizado por ellos.

Carlos Gustavo afectaba siempre delante de sus generales y sus cortesanos una inalterable confianza.

Pero mientras él soñaba con esta guerra, comenzada en otros tiempos bajo tan risueños auspicios—cada vez más difícil al presente—, en su alma inquieta la duda crecía de día en día. ¡Todos los acontecimientos de aquella campaña fueron tan bizarros, tan inesperados! El no veía éxito posible en todo esto. Le hacía el efecto de un hombre que se avanza sobre el mar, sobre una playa de arena, y que se hunde más á cada paso, que siente que le falta el suelo y que se apodera de él el espanto.

Pero Carlos Gustavo creía siempre en las estrellas propicias.

Así, abrió la ventana y se puso á contemplar, en el espacio infinito, aquella estrella que había escogido por símbolo de su destino. Esta era la que ocupa la cumbre de la constelación de la Gran Osa.

El firmamento estaba límpido, el cielo tranquilo y sereno; también en este momento la estrella relucía con mil fuegos, con reflejos azules y rojos de una incomparable belleza. Pero en la inmensidad del espacio, sobre el fondo sombrío del abismo, un nublado siniestro avanzaba lentamente hacia ella, como si hubiese querido apagar y amenazar el destino y la estrella del rey.

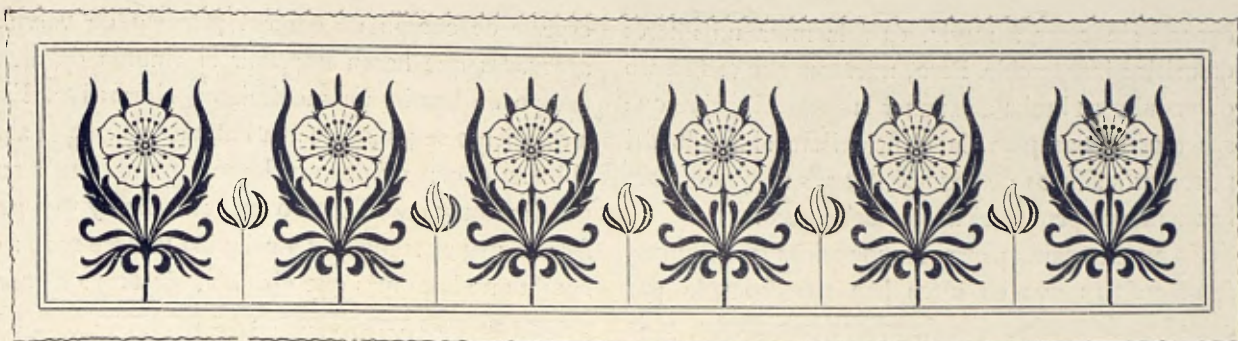
ENRIQUE SIENKIEWICZ





DANIEL URRABIEITA VIERGE

GALICIA.— DESPEDIDA DE GIL BLAS



Crónica Científica é Industrial

La ciencia y la industria no están reñidas con el arte. En todos los órdenes de la actividad humana y en las funciones todas de la Naturaleza podemos hallar cosas bellas, dignas de admiración, junto á otras desprovistas de belleza, que nos repugnan ó hastíen. La obra de un pintor no es hermosa por ser obra pictórica; lo es únicamente cuando el artista ha sabido trasladar al lienzo líneas y colores bien combinados. Un mal cuadro, una mala estatua no son obras bellas, aunque por afinidad las declaremos hijas del Arte; y, dentro de este mismo orden de ideas, las obras de la ciencia y de la industria podrán ser hermosas ó no, en virtud de mil causas distintas; pero no hemos de caer en la vulgaridad de oficiar que son necesariamente feas por no llevar al pie la firma de un artista.

¿No es, acaso, hermosa la locomotora que jadeante, sigue serpenteando su camino sembrado de precipicios? ¿No es bello el atrevido puente, que, verdadera tela de araña de hierro, de proporciones gigantescas, abraza y reúne las dos márgenes de caudaloso río? ¿No lo es el buque trasatlántico que en su seno lleva una máquina, cuya potencia de 20.000, ó más, caballos de vapor no podría ser superada muchos días por la caba-

llería de todos los ejércitos de Europa, si fuera posible emplearla? ¿Y no sorprenden, y deleitan, y admiran, los resultados del análisis químico, que pone de manifiesto toda materia elementada contenida en el más complejo cuerpo de la Tierra, y los resultados del análisis espectral, que nos revela la composición de las más lejanas estrellas del cielo?

Las obras de la ciencia y de la industria no están reñidas, no, con el arte. Al contrario, el arte moderno, al buscar la belleza en la verdad, parece que quiere hermanarse con aquellas. En el amplia vía del progreso, todo puede marchar con paso franco; pero no hay duda de que la jornada es mucho más agradable

y útil si el arte, la ciencia y la industria recorren con la luz de la inteligencia por guía; la fuerza que despeje el camino; la belleza, sonriente, sembrando de flores el terreno.

* * *



Ningún asunto ha atraído más la atención de los novelistas que han querido retratar la vida dura del obrero que el trabajo de las minas. La falta de luz, la carencia de aire, la inminencia de tener la sepultura abierta en el lugar mismo en donde el minero, para poder vivir, se

expone sin cesar á morir, da á la mina un interés dramático insuperable. Pero, mientras que el filósofo observador se limita á exponer la escena lúgubre que sus ojos contemplan, la ciencia lleva al fondo del pozo sus artificios de seguridad y sus máquinas para hacer menos penoso el trabajo del obrero.

En nuestro país, apenas son conocidas las máquinas favorecedoras que en otros han transformado por completo la explotación de minas y canteras, y la apertura de túneles. Cuando nosotros nos contentamos con ver al barrenero que, golpe á golpe, barrena la dura roca, se propagan, fuera de España, las instalaciones industriales que permiten efectuar la misma labor por procedimientos mecánicos. Para ello, lo más común es disponer, no lejos del lugar de explotación, una verdadera estación central, ya eléctrica, ya hidráulica, ó de aire comprimido. Este último sistema parece ser el más práctico: verdaderas bombas neumáticas comprimen el aire á gran presión en recipientes adecuados, y de estos recipientes parten tuberías que van á parar al paraje en donde hay que abrir los barrenos, trabajo que ejecutan las perforadoras.

¿Cómo? Un sólido trípode de hierro tiene una

especie de cuerpo de bomba, provisto de válvulas adecuadas que hacen imprimir al émbolo de dicho cuerpo de bomba un movimiento alternativo. Este movimiento se transmite á la barra de acero que abre el barreno, con rapidez mucho más grande que la que pudiera conseguir el obrero más robusto; y con perfección mayor también. La máquina lo hace todo: el hombre no hace más que dirigirla, sin fatiga alguna, y con resultado verdaderamente asombroso.

Con las máquinas perforadoras se da impulso grande á la apertura de túneles y á la explotación de canteras. Si la calidad de la piedra lo permite, una serie de agujeros corta la roca en la forma que se desea para obtener los carretales que luego labrarán el cantero ó el escultor; si no lo permite, los agujeros se cargarán con suficiente cantidad de materia explosiva, que hará saltar la roca en cien pedazos. La máquina y la dinamita permiten hoy realizar obras gigantescas; para poder llevarlas á cabo, la antigüedad carecía de fuerzas tan poderosas; pero en cambio disponía de otra potentísima, cuyos resultados aun nos admiran: la esclavitud.

MARIANO RUBIÓ Y BELLVÉ





Es Barcelona por su población, por su riqueza y por su importancia, una capital en la que todos los *sports* pueden y deben tener cabida.

Háse dado en decir, sin fundamento racional alguno, que la capital del principado, es sólo pródiga en hombres exclusivamente de fábrica y que la distinción y el *chic*, están reñidos con el rudo trabajar diario.

Negamos, en absoluto.

Aquí, como en todas las grandes ciudades comerciales existen ricos, *producidos*, no *improvisados*, por el trabajo, y estos, á los cuales sus medios de fortuna permiten viajar, ponerse en relación con todo el mundo civilizado, europeizarse, son los que *importan*, por decirlo así, lo que en otros pueblos constituye una parte de vida moderna, algo de lo que alejándonos momentáneamente del duro trabajo cotidiano, nos hi-

gieniza, nos oxigena y nos hace más fuertes para resistir la labor á que todo hombre, por síno inalienable de su condición, viene obligado.

Claro está que no todas las aficiones *sportivas* están al alcance de todo el mundo, pero en lo que cabe, puede afirmarse, que en Barcelona se practican todas, en mayor ó menor escala y que para nosotros no es, de bastantes años á esta parte, un *descubrimiento*, ni mucho menos, el *foot-ball*, el *po'lo*, y otros tantos ejercicios higiénico-recreativos.

Y basta de digresiones y entremos á ex-

plicar, siquiera sea someramente lo que constituye el *rally-paper*, de que nos proponemos dar cuenta, por más que no queremos inferir la ofensa, á la mayoría de nuestros favorecedores, de suponer que ignoren de qué clase de *sport* se trata.

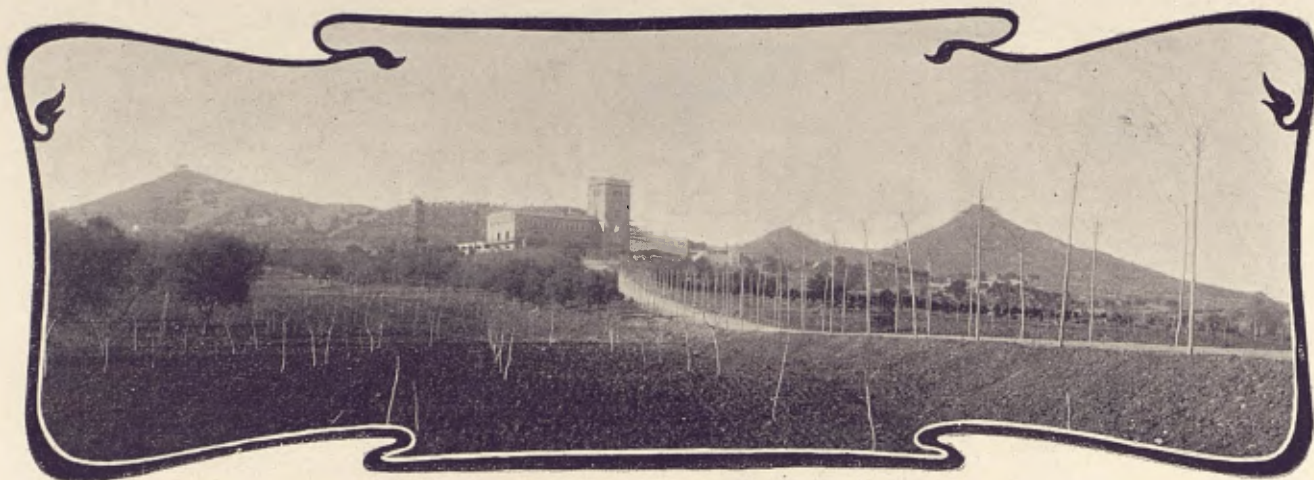
* * *

Francia, Alemania é Inglaterra, que rinden culto fervoroso á toda clase de *sport*, celebran estas fiestas muy amenudo, pues cuando á causa de la veda ó

de los frios intensos, los caballos y las jaurias están inactivos, se utilizan para *realizar rallies*, que además de constituir en sí una fiesta agradabilísima, tienen la ventaja de que los animales destinados á la caza, no pierden sus hábitos ni se entumescen en los establos.

El *rally-paper* ó mejor *paper-hunt* (caza de pape-





les), ó *chasse des papiers*, consiste, como no ignoran nuestros lectores, en marcar por medio de menudos papelillos multicolores, una pista ó rastro, que se supone recorrido por la res, y que por lo general se señala con todo sigilo por el que invita á la cacería. El encargado de formar la pista, toma como punto de partida un sitio próximo á las afueras de la población y desde allí hasta el *rendez-vous*, vá derramando papelitos por el camino y dirigiéndose (siempre á caballo) por sitios cuyo paso entrañe alguna dificultad. También se hacen rastros falsos, que luego originan divertidos incidentes, pues los jinetes, creyendo buena la pista, la siguen, teniendo después que desandar lo andado. El primero de los de la comitiva que llega al punto final del *rally* es quien se lleva el premio, consistente por regla general en los aplausos y felicitaciones de los compañeros, que menos afortunados, ó con menos ganas de correr, han llegado tarde.

* * *

Los Marqueses de Maríanao, que reúnen á los grandes medios que para cultivar el *sport* se necesi-



tan, una gran afición y un gusto exquisito, invitaron á sus amigos, el 29 del pasado, á un *rally*, al que sólo asistieran amazonas y jinetes; y con una exactitud



militar, á las diez y media de dicho día estaban reunidos los invitados, á caballo, en los extensos jardines y patios de las caballerizas, que los Marqueses tienen adosadas á su Palacio del Paseo de Gracia.

Púsose en marcha la brillante cabalgata, compuesta de once amazonas y veinticinco caballeros. Al frente de tan distinguida formación iban los Marqueses.

Desfilaron á lo largo de la Gran-Via y los estudiantes, que á aquella hora estaban en los alrededores de la Universidad, prorrumpieron en un entusiasta y nutrido aplauso, tributado á las amazonas, entremezclado con las galantes gentilezas que á los muchachos se les habian necesariamente de ocurrir, á la vista de tanta mujer bonita.

El rastro, empezó á señalarse frente á la plaza de toros nueva, continuando por la calle de Tarragona, atravesando parte de la población de Sans, hasta

salir á la carretera de San Feliu de Llobregat y llegando hasta Esplugas. Después y guiados por la pista, hecha una hora antes, por el Profesor de la casa Sr. Soto, doblóse hácia la izquierda tomando la carretera, aún en construcción, de Esplugas á Cornellá, atravesando la línea férrea. Los jinetes en alegre desorden, unos con su caballo al trote y otros á galope, metiéronse por veredas y vericuetos, demostrando todos á cual más, sus arrestos y gallardías. Abandonado Cornellá, se entró en la carretera que une este pueblo con San Baudilio, atravesando el Llobregat por el puente provisional.

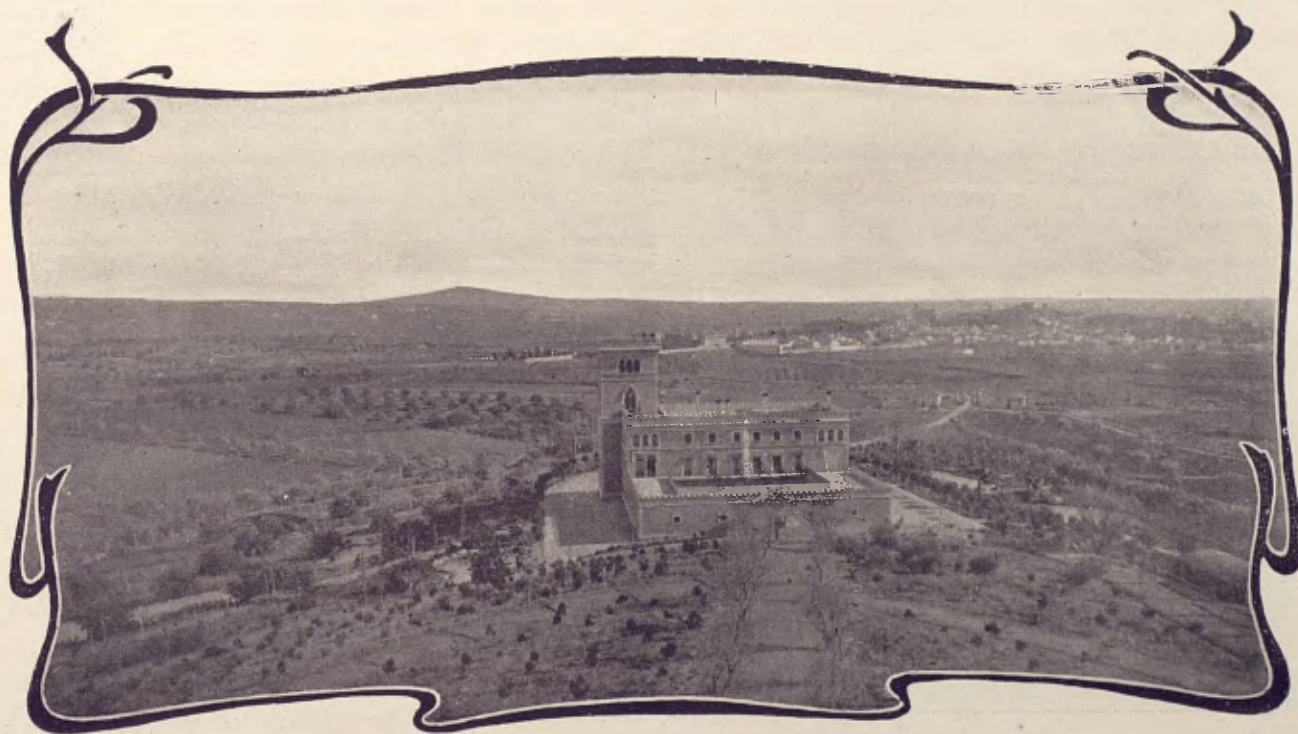
En este último pueblo, cuyos habitantes tenían sin



duda noticia del paso de la cabalgata, congregóse muchedumbre que presenció el desfile.

Cruzado el pueblo de San Baudilio por la Rambla de Maluquer y al final de ésta, entró la comitiva por un barranco que conduce al caserío del Borí, en donde se iniciaron falsas pistas, que dividieron á los cazadores, siguiendo unos á la Marquesa y otros al Marqués. Estos últimos, se internaron en los bosques de pinos, que contenían la pista verdadera y fueron á salir á la meta, situada en la entrada lateral del Parque de la «Torre-Marianao», en cuya entrada y para que los salvaran los que quisieran, habíanse abierto á corta distancia una de otra, dos zanjas de cinco y cuatro palmos de anchura.

Entre los que saltaron (y los señalamos por orden de prelación), recordamos al Marqués de Marianao, sus hijos María y Salvador, Mercader (D. F.),





Miralles (D. Hermenegildo), barón de Benimuslem, Senillosa y Gallart.

En otro grupo saltaron la Marquesa de Marianao, los Sres. Bertrán, Desvalls, Macaya, Juliá, Bacardí, Boffill, Dorda, López (D. Luís) y Soto.

Las señoras Despujol de Peralta, Llorach de Mercader y las señoritas de Desvalls, Josefina Juliá, Isabel Llorach Mariana de Bofill, María de Senillosa, Isabel de Huruela, y otras, junto con los señores de Peralta, España, Huelín, Sicart, Huruela, Barrié, Camín, Torrents y Langlois, fueron á tomar la hermosa *a'lée* que conduce desde la entrada monumental al Castillo, donde numeroso personal, á las

órdenes del Jefe de las Caballerizas, se hacía cargo de los caballos que fueron cómodamente instalados, con la debida separación de sexos.

* * *

Sobre un montículo pintoresco, á veinte minutos del pueblo de San Baudilio de Llobregat, se levanta elegante y señorial el castillo, de severo y marcado estilo gótico-catalán. La meseta en que está emplazado el edificio, es sin duda uno de los puntos de vista más hermosos que tiene el llano de Barcelona.

Compónese el castillo, de un cuerpo de edificio, de dos pisos, rematado por almenas; y, adosada á él, la que pudiéramos llamar *torre del homenaje*, con el escudo de armas, de mármol, y rematada asimismo por un sistema de almenas que corona todo el borde superior de la construcción.

Por la parte posterior, el Castillo desde su gran terraza se une á otra colina, algo más elevada, por medio de un puente levadizo que salva un foso, y conduce á la parte alta del Parque, en la cual una torre-mirador, de carácter rústico, de veinte metros de altura, ofrece un golpe de vista soberbio. Doce ó catorce pueblos se divisan desde el mirador y el llano del Llobregat se extiende, en sugestivo pano-





rama desde las estribaciones del Montserrat, hasta la costa.

El parque está constituido en su parte inferior, por extensas plantaciones de naranjos, que embalsaman con el suavísimo perfume de sus azahares, el ambiente delicioso que allí se respira; por almendros cuya alta flor dando la nota blanca alegrísima, recrean la vista; por palmeras de las más diversas clases conocidas y por multitud de árboles delicados cuya descripción sería prolija.

La parte superior de la posesión es un parque formado casi en su totalidad por bosques de pinos.

Toda la extensión de la finca está cruzada y entrecruzada por sendas comodísimas, que permiten visitar hasta el último y más oculto paraje de ella.

Un hermoso lago con su embarcadero y varios pequeños estanques, alimentados por una poderosa máquina de vapor que extrae el agua de una profundidad de cuarenta metros, riegan de modo ingeniosísimo los altozanos y los valles del maravilloso é inmenso jardín.

La estufa, el umbráculo, las grutas, y los acuarios, completan la ornamentación.

* * *

Una vez pie á tierra congregáronse los invitados en el amplio comedor, insistentemente requeridos por las *batañadas* de la campana que llamaba para el almuerzo.

Con ser todas muy hermosas, es el comedor de la «Torre-Marianao» una de las piezas que más llama la atención por su carácter suntuoso. Ocupa todo el plano de la Torre, y su altura es la de dos pisos, el principal y el segundo. Dos magníficos ventanales góticos orientados al N. y NO. permiten contemplar desde la mesa los más variados y pintorescos panoramas. La monumental chimenea, la lámpara artísticamente hermosa, los *buffets* severísimos y ricos,





decorados cada uno con dos jarrones de mármol y bronce, originales del reputado Campeny, las vajillas y servicios de plata, los platos de metal repujado, los cuadros antiguos de Genaro Villaamil, las cabezas disecadas de distintos animales, las panóplias de armas rarisimas, dan al vasto y señorial comedor un aspecto de elegancia y buen gusto nunca bastante encomiado.

La mesa colocada en forma de T, para 40 cubiertos, estaba profusamente adornada con flores y ramos de hiedra.

El servicio, riquísimo, con las armas de los señores de Marianao, entró en juego para dar lugar al menú siguiente:



Huitres de Marennes
Hors d'oeuvre
Riz a la Régence
Foie-gras Bellevue
Loup de mer au gratin
Filet parisien
Châpons du Mans truffés
Biscuit praliné
Desserts
Café et Liqueurs
Vins:
Jerez
Sauternes
Chateau Margaux
Champagne extra



Un opíparo y delicado almuerzo servido con toda la maestría que tiene acreditada el inteligente Pedro Llibre.

La Marquesa y su hija María, con la distinción que les es peculiar, sirvieron el café a los invitados, que impacientes al oír los preludios que en el piano



ejecutaba el Profesor de música de la Casa, Sr. Blay, pasaron al salón, en el que bailaron vales y rigodones las amazonas y los caballeros, hasta las seis, hora en que fué servido un té.

Como todo tiene fin en este mundo también lo tuvo la espléndida y agradabilísima fiesta, no ciertamente por cansancio de los invitados, sino por la necesidad de regresar á Barcelona á primera hora de la noche.

A este efecto, diéronse las oportunas órdenes y cada jinete halló su caballo ensillado y á punto.

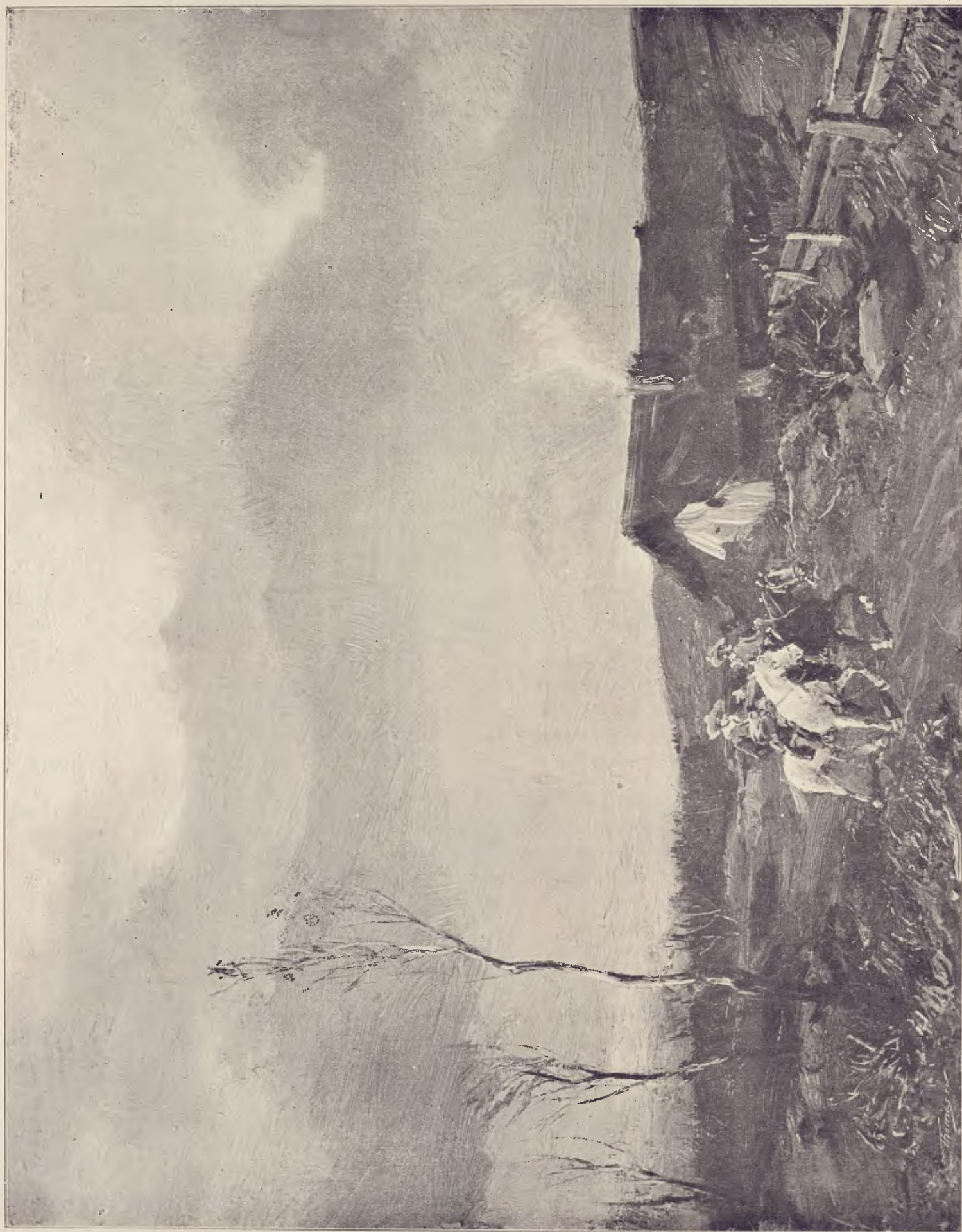
La obscuridad de la noche y la lluvia que más tarde cayó sobre los expedicionarios, no fueron sino un pequeño accidente, para quienes como ellos, son *sportmen* de sangre y de afición probada, pues sirvió el accidente más que para otra cosa, para animar la *causerie*, un solo instante suspendida por la aparición del agua.

Una vez en la Gran-Vía, é impulsados por la necesidad de volver á sus respectivas casas, pues eran las 8 y media, fué cada cual desfilando por su lado, llevando un indeleble recuerdo de la deliciosa partida y una impresión de gratitud profunda por las delicadas obsequiosidades de los aristocráticos anfitriones.

¡Qué lástima que no se repitan con mayor frecuencia fiestas como la descrita!

Esté seguro el Marqués de Marianao de que cuando él quiera, nos tendrá á todos con el pie en el estribo.





F DOMINGO

DE LOS TERCIOS DE FLANDES

DE LUENGAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

PERO ¿como se arreglan ustedes en el Canadá para soportar un invierno tan cruel?— le preguntaba yo á un obispo de Montreal, con quien trabé conocimiento en el trayecto de La Encina á Valencia.

—Pues, ricamente —me contestó. Ustedes son los que pasan aquí un mal invierno por poco que el tiempo se meta en aguas. Me he fijado en que todos, quien más, quien menos, se quejan de la crudeza de la estación y de los constipados. En Montreal, créame usted, no hace frío en las casas... ni en las camas.

Esto me recordó la frase de Madariaga:

“¡Qué fríos y qué húmedos son estos climas templados!”

En el Canadá el frío es seco, tónico y vigorizante. Quizá no hay país en el mundo, salvo Noruega, donde más atractivos tenga la vida al aire libre durante los meses en que la nieve extiende su manto de armiño sobre plantas y cerros. La diversión más común es el *tobogán*, especie de trineo hecho de tablas; establécense montañas rusas en los parques y lugares despejados y todo el día se oye el vibrante *chiss* de los toboganes que resbalan cuesta abajo con la celeridad de relámpagos. Las montañas rusas se hacen artificialmente de madera dándoles un declive agudísimo de un centenar de pies: basta verter agua sobre la rampa para convertirla en una senda dura y lisa como el cristal. A la bajada se dispone un amplio espacio llano para que el toboganista pueda refrenar su montura. Los sábados por la tarde, el aspecto de la gente de todas edades que concurre al deporte de los toboganes es sumamente pintoresco y animado: los grupos de cinco ó seis personas que se apiñan en cada trineo se ven volar literalmente en su rapidísimo descenso.

Para viajar con presteza por la nieve se usan *patines de raqueta* (snow-shocs): tienen sobre cinco pies de longitud y doce pulgadas de ancho; en su centro se ajusta la bota por medio de correas y hebillas. No hay ciudad canadiense que no tenga un *Club de Raquetas*, siendo el más campanudo el de San Jorge, en Montreal. El que por primera vez se calza las *raquetas* imagina que son invención embarazosa, pero muy pronto cobra gusto al deporte y se complace en recorrer doce millas en una hora. De cuando en cuando, el Club de San Jorge dá un espléndido baile de trajes sobre el hielo y hay muchos invitados que acuden á la fiesta caballeros en sus patines desde puntos que distan más de cien millas.

Los canadienses son aficionados á construir palacios y castillos de hielo. No se crea que estos edificios son obra de un rato: exigen la cooperación de multitud de manos durante seis ú ocho semanas. El hielo se toma del río, aserrándolo en bloques rectangulares y

se transporta en trineos hasta el solar del castillo, el cual se fabrica con nimio primor, bajo la dirección de un arquitecto. Durante el día brillan estos edificios como el cristal á la luz pálida del sol invernal, y durante la noche, alumbrados por potentes focos eléctricos, resplandecen como los encantados palacios de los cuentos arábigos. El martes de Carnaval se organiza una función muy vistosa; un simulacro de ataque que termina con el triunfo de los que dan el asalto, generalmente vestidos de pieles-rojas, los cuales, entre una lluvia de cohetes derriban el castillo profusamente iluminado por luces de Bengala.

Pero el verdadero deporte canadiense son las regatas sobre el hielo. Algún trabajillo cuesta decidirse á aceptar un asiento en el yate, pero cuando se ha probado la delicia de volar sobre la helada superficie con mayor velocidad que un tren expreso, todos los demás medios de locomoción parecen niñerías. No hay nada en el mundo que pueda compararse con esto: un yate que no pesa más que ochocientas libras y que lleva mil pies cuadrados de lona. Tendrá de eslora unos cincuenta pies y se apoya en tres patines de acero. El yate vuela como una golondrina sobre los lagos congelados: sesenta, setenta, ochenta millas por hora son cosa corriente en el río Hudson y en los grandes lagos de agua dulce de la América del Norte.

No faltará quien se sienta encogido ante una diversión de esa índole, ni quien niegue en redondo el placer de devorar el espacio, por estar más á mano diversas cosas devorables que no son de despreciar. En esto de diversiones hay gustos sumamente variados. Las señoras de América encuentran una suprema delicia en fumar; encuentran también en éste hábito masculino una exquisita distinción y buen tono, puesto que allí se dice que las reinas de Rumanía y Portugal y muchísimas damas de alto copete en nuestra vieja Europa se deleitan en tan gustosa monada. En América las bellas fumadoras, cada día más numerosas, ya van atreviéndose á invadir el campo de esta maña hombruna, dándole un adorable giro de picardía. Pero los gomosos americanos han ideado otra cosa: ahora el sello de la elegancia es tomar rapé: Napoleón y Byrón vuelven á estar de moda. Hay quien cree que esta chifladura pasará pronto, pero es de presumir que en el mundo de la goma el rapé se arraigue más de lo razonable, no sólo porque es un hábito tan tiránico como el fumar, una vez se ha contraído, sino porque las ricas tabaqueras que la vanidad ha puesto en manos de aquellos selectísimos jóvenes cuestan demasiado dinero para ser juguete de un día. Las tabaqueras *decentes* y *presentables* cuestan un ojo de la cara; en una subasta

A LA AVENTURA



ALLÁ VA LA NAVE. — ¿QUIÉN SABE DO, VA...?

de Londres se vendió no ha mucho una de oro, estilo Luis XVI, por 7.540 duros; otra de la misma forma esmaltada en verde por 2.782, y otra que había pertenecido á la colección del emperador del Brasil, por la módica suma de 2.604 duros. Y luego ¿pensarán ustedes que es cosa fácil tomar un polvo? Más de cuatro cursis presumirán de hacerlo con gracia...

Esta frivolidad del carácter humano tiene compensación de cuando en cuando en rasgos de generoso desprendimiento y laudable filantropía. Sir Ernesto Cassel, Comendador de San Miguel y San Jorge, ha entregado al rey Eduardo *doscientas mil libras esterlinas* para invertirlas en una obra de beneficencia, y el Rey ha destinado esa espléndida donación á erigir un sanatorio para tísicos. Si nuestro Dr. Moliner tropezase al volver una esquina con otro donante como Cassel, pero forrado de piel española ¿qué de cosas no haría en ese Portaceli que es la Meca de los tuberculosos sin recursos? Cassel ha labrado su fortuna en el comercio y ha sido hombre de singular acierto en sus empresas. En España le hubiésemos premia-

do con un sillón en la Academia de la Lengua ó le hubiésemos nombrado Director Honorario Perpetuo de Beneficencia y Sanidad, en el caso improbable de que no le diera por el casticismo. En Inglaterra apetecen otros honores: el rey Eduardo ha sacado de pila á un nieto del filántropo.

De todos modos, Sir Ernesto Cassel ha logrado de golpe una popularidad inmensa. Otros se afanan toda su vida en ilustrar su nombre y todavía encuentran al morir quien trata de roerles el prestigio. Casi repentinamente ha dejado este valle de lágrimas el ínclito M. Joseph, el *mâitre d'hôtel* parisiense que había contado entre sus parroquianos á los príncipes de Gales y á los banqueros de más peso: en el divino arte culinario halló un ideal y un filón, pues ha dejado en el Banco 500.000 duros de economías. Sus poemas guisados son celebradísimos; la *Sole à la Reichenberg* con su puntita de queso parmesano y las ostras acompañantes; las *patatas à la Otero*, rellenas de filete de lenguado; el *Homard d'Ivette*, rica langosta que obtuvo su primera desfloración del tenedor de Ivette Guilbert.

Ahora las almas mezquinas regatean á M. Joseph la honra de haber inventado el *canard broyé* y recuerdan su feo vicio de hacer las *cuentas del Gran Capitán*. A Gordón Bennet tuvo tupé de cobrarle 25 duros por un cubierto sin vino, café ni licores. El inglés se amoscó y, habiéndose guardado la minuta, comisionó á un ayudante de buen estómago para que fuese de restorán en restorán, haciéndose servir la misma comida. Gordón publicaba diariamente el costo del cubierto de su ayudante y se dió el caso de que un *marchand de vin*, cerca de la Estación del Norte, pudo servir la minuta por 4 francos 50 céntimos.

Seamos justos é imparciales y confesemos que Joseph al tomar el pelo á Gordón Bennet demostró gran ingenio y sentido práctico. Verdad es que otras eminencias del mandil, como Marguéry, Champaud y Prunier se han asimilado las ideas modernas y han descendido á la vulgaridad de los precios módicos. Pero ¿quien es el más listo? Cuando se mueran esos excelsos *restaurateurs* ¿podrán dejar como Joseph 500.000 duros en el Banco?

Las cuentas del Gran Capitán, de las que fué tan

devoto el malogrado Joseph, son indudablemente una invención utilísima que, rebasando las fronteras de la heroica tierra española, llevan sus beneficios providenciales á los países más cultos del orbe. En el primer teatro del mundo, en la Comedia Francesa, los efectos de esta algoritmia ingeniosa van á pasar á la historia. Allí no hay orquesta, porque únicamente se necesita en alguna que otra obra un solo de violín entre bastidores; sin embargo, la música de la Comedia Francesa, cuesta 15.000 duros al año. En barrer y quitar el polvo se invierten anualmente 8.000 duros y para papel y tinta hay señalados 1.500.

El Ayuntamiento de París es también discípulo del Gran Capitán, que en todas partes cuecen habas. Los ediles cobran dietas de cinco duros, para las cuales no hay consignación, y el presupuesto del Municipio se ha saldado este año con nueve millones de francos de déficit. No es porque falten arbitrios, sino porque allí también hace estragos la gran paudemia administrativa. Hay quien se figura que en París atan los perros con longanizas. Bah! Las compañías de tranvías han hecho de la ciudad un inmenso apartadero; los hospitales recuerdan la célica imprevisión del siglo XVIII, el gas, los ómnibus y los entierros se hallan en manos del monopolio, las calles permanecen en lastimoso pergeño, y el alumbrado se reduce á su mínima expresión en dando las doce.

Mas estos defectillos de la gran metrópoli no la privan

de la poderosa fascinación que ejerce en los hombres contemporáneos y en la literatura de nuestros días. Mientras la anglofobia decrece visiblemente en Francia, los literatos ingleses muestran el mayor empeño en asimilarse las letras francesas. Mr. Max Hecht, en un libro reciente, se atreve á imitar á Lafontaine y no puede negarse que dicho literato maneja bien la lengua de nuestros vecinos y que ha sorprendido mucho de la factura y corte de las inmortales fábulas.

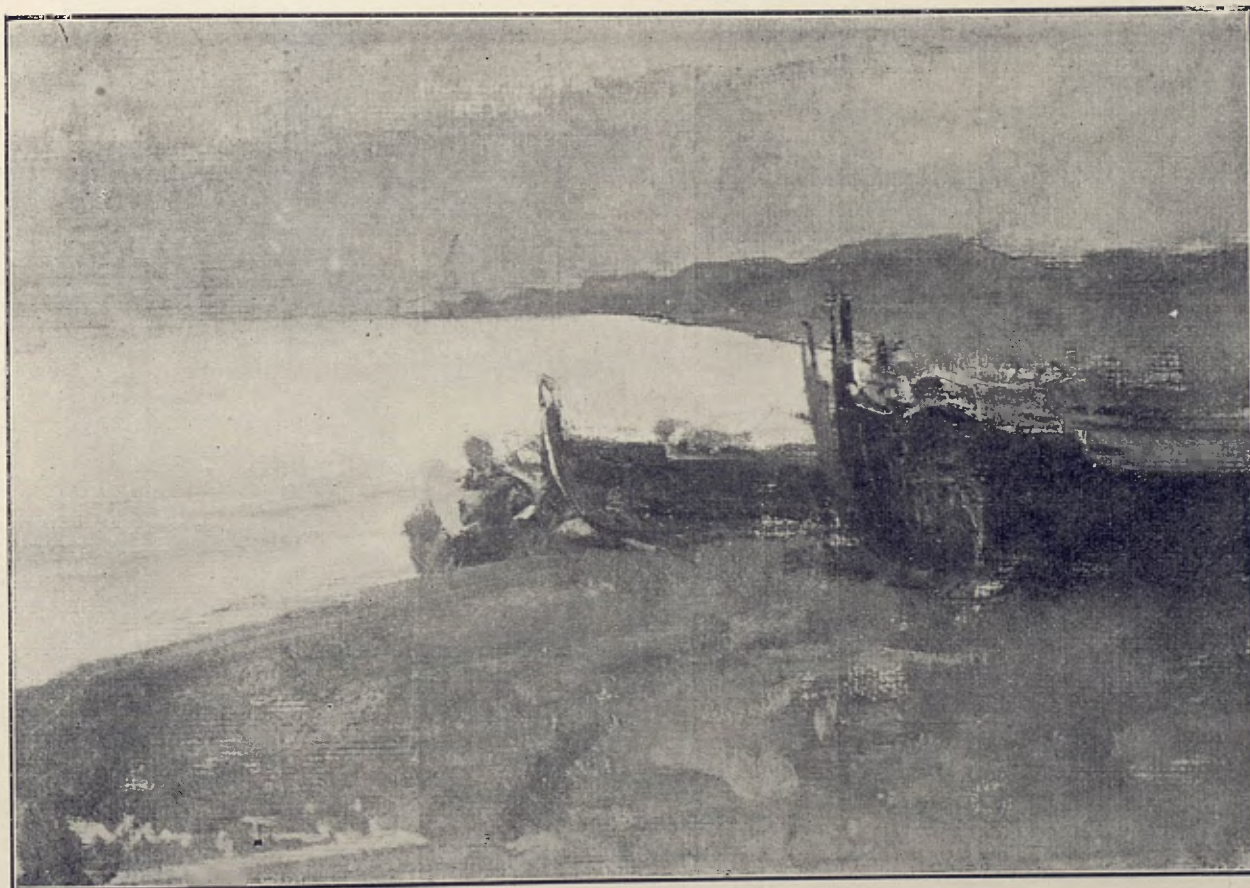
LE CRITIQUE ET L'AUTEUR

Un jeune auteur était assis
Au Restaurant, buvant sa bière;
Un critique était vis-à-vis,
Sorti ce jour sans muselière;
Le critique dit: "Holá!
Vous ressemblez à Zola.
Seulement, on me dit
Que vous manquez d'esprit.
L'auteur ne souffla mot,
Mais, prenant un gros pot,
Lui fractura la tête:
Pas bête!

MORALE.

Contre la critique
Cet argument est sans réplique.

He dejado sin traducir esta fabulita, no sólo porque lo haría seguramente muy mal, sino porque el francés es casi patrimonio de todo lector y, al paso que vamos, pronto será en España la única lengua clásica.



A. MAS Y FONDEVILA

COSTA DE LEVANTE



BIOMBO EJECUTADO Y PINTADO SOBRE PIEL POR EL ARTISTA CATALÁN DON VICTORIANO CODINA LANGLIN, EN LONDRES

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

YA debe pensar en tomar mujer mi señor Geiselher, y de tan ilustre prosapia es la joven margravesa, que yo y todos los que me acompañan la serviríamos con gusto; menester es que se venga á Borgoña y ciña la corona.»

Estas frases agradaron mucho al buen margrave y también á Gotelinda; luego muchos guerreros se arreglaron de modo que el noble Geiselher la tomó por esposa, según convenía á tan elevada persona.

¿Qué hay que pueda oponerse á lo que se tiene que cumplir? Rogaron á la joven que fuera á la corte y prometieron al príncipe por medio de juramento la encantadora virgen. Él á su vez prometió amar á la joven digna de las mayores consideraciones.

Dieron á la desposada tierras y ciudades, y los nobles reyes confirmaron la donación extendiendo sus manos en señal de juramento. Así quedó hecho; el margrave añadió: «Yo no tengo ciudades, pero siempre os seré fiel y constante con toda el alma. Doy á mi hija la plata y el oro que cien bestias de carga puedan llevar con trabajo, para que el honor del héroe quede satisfecho.»

Hicieron que ambos permanecieran en un círculo como era costumbre. Muchos jóvenes guerreros de alegre carácter estaban frente á ellos. Se ponían en su caso como en tales ocasiones hacen los jóvenes.

Cuando preguntaron á la joven digna de amor si quería al guerrero, sintió tristeza; ella quería al arrogante joven, pero la pregunta aquella la ruborizaba como acontece á muchas vírgenes.

Le aconsejó su padre Rudigiero que dijera que sí y que tomara su nombre con gusto: el joven Geiselher se adelantó rápidamente hacia ella y le cojió sus blancas manos. ¡Cuan poco gozó de su presencia!

El margrave dijo: «Nobles y ricos reyes, cuando volváis de vuestro viaje, os daré á mi hija según es costumbre, para que la llevéis con vosotros.» Así lo prometieron.

Grande fué la alegría de todos, pero al fin tuvo que cesar. Aconsejaron á la joven que se retirara á su cámara, y á los huéspedes que fueran á dormir hasta que llegara el día. Se prepararon los víveres; el jefe los trató con verdadera munificencia.

Después de hacer la primera comida, hubieran querido partir para el Huneland. «En verdad que tengo que oponerme,» dijo el noble margrave, «pues rara vez tengo huéspedes que me sean tan queridos.»

Dankwart le respondió: «No nos es posible detenernos: ¿de dónde tomaríais los víveres, el pan y el vino, si aun hoyuviérais que alimentar á tanta gente?» Al escuchar esto, dijo el jefe: «No digáis eso, mis queridos señores, no me neguéis lo que os pido. Sin trabajo ninguno os daré víveres durante catorce días para todo el acompañamiento que lleváis. Nada me ha negado hasta ahora el rey Etzel.»

Por más que se defendieron, les fué necesario permanecer allí hasta la cuarta mañana. El generoso jefe hizo cosas de que se habló durante mucho tiempo: dió á sus huéspedes caballos y vestidos.

No podía durar esto mucho tiempo, porque tenían que marcharse. El valiente Rudigiero no escaseó nada; lo que cada uno deseaba se lo concedía y todos tenían razón para estar muy satisfechos.

Su noble acompañamiento condujo ante la puerta muchos caballos ensillados. Muchos valientes guerreros se adelantaron hacia ellos llevando el escudo en la mano, pues querían caminar hacia el país de Etzel.

El margrave había hecho los regalos á los héroes, antes que los nobles extranjeros entraran en la sala. Podía vivir con honor y en abundancia, pues había concedido su hermosa hija á Geiselher.

Regaló á Gernot una espada muy bien templada que el altivo guerrero usó después siempre en los combates. Este regalo agradó mucho á la esposa del margrave; por ella perdió luego el buen Rudigiero cuerpo y vida.

Regaló al rey Gunter, al héroe distinguido, una armadura que con honor podía llevarla el noble y rico rey, que casi nunca aceptaba los regalos. El rey manifestó su agradecimiento á Rudigiero.

Gotelinda dió á Hagen, según convenía, sus amistosos regalos: ya que el rey los aceptaba él no podía ir á la fiesta sin llevar los suyos; el noble guerrero dijo á pesar de todo:

«De cuanto he visto, nada deseo tanto como llevar ese escudo que está colgado de la pared: quisiera llevarlo conmigo al Huneland.»

Al escuchar estas palabras de Hagen, la margravesa recordó sus penas y rompió á llorar. Pensaba con dolor profundo en la muerte de Nudungo al que había matado Wittich; no pudo contener sus gemidos.

Ella dijo al guerrero: «Quiero daros ese escudo. Quisiera el Dios del cielo que aún gozara de la vida el que se sirvió de él. ¡Murió en un combate! Lo lloraré siempre, así tiene que hacerlo una pobre mujer.»

Se levantó de su asiento la amable margravesa, y tomó con sus blancas manos el escudo que entregó á Hagen: éste se lo ajustó al brazo. Era un regalo de honor para el guerrero.

Una cubierta de brillantes telas velaba sus reflejos. Nunca á la luz del día habían brillado mejores piedras que las de aquel escudo, que de quererlo comprar habría costado mil marcos.

El héroe mandó que recogieran el escudo, y en aquel momento su hermano Dankwart llegó á la corte. La hija de Rudigiero le regaló ricos vestidos que llevó con grande alegría al país de los Hunos.

De tantos regalos como tuvieron, nada hubieran disfrutado sin el cariño del jefe que se les ofreció amistosamente. Sin embargo, llegaron á ser enemigos suyos y fueron los que le dieron muerte.

Volker, el atrevido guerrero, fué á colocarse con su viola ante la noble Gotelinda; tañó sus más dulces sonos y entonó una trova; así se despidió al partir de Bechlaren.

La margravesa hizo traer entonces una arqueta y vais á saber ahora cuales fueron aquellos cariñosos regalos: tomó

doce brazaletes y se los puso en la mano: «Volker, llevad esto al Huneland y por amor á mí, llevadlos en la corte para que cuando volváis me digan como me habéis servido en la fiesta». Lo que ella deseaba lo hizo después el guerrero.

El jefe dijo á los extranjeros: «Para que caminéis mejor, quiero acompañaros yo mismo; todos os respetarán tanto que nadie se atreverá á molestaros en el camino.» Las bestias de carga fueron preparadas inmediatamente.

El jefe estaba preparado con quinientos hombres, caballos y vestidos, iba alegremente á la fiesta, pero ninguno de aquellos buenos caballeros volvió con vida á Bechlaren.

Con cariñosos besos sedespidió Rudigero de su esposa, y lo mismo hizo Geiselher, según el amor le aconsejaba. Besaron y abrazaron á las hermosas mujeres; después tuvieron que llorar muchas jóvenes.

Se abrieron las ventanas, el margrave iba á caminar con sus hombres. El corazón les predecía desgracias; muchas mujeres y tiernas jóvenes lloraron.

Sus amados amigos, á los que no volvieron á ver nunca en Bechlaren, les inspiraban pesar. Sin embargo, ellos marcharon con alegría por el camino y pasaron el Donau, dirigiéndose hacia el Huneland.

Así dijo á los Borgoñones el amable margrave, el noble Rudigero: «Anunciemos sin tardanza la noticia de que nos aproximamos al Huneland. Nunca habrá recibido el rey Etzel una más alegre.

El rápido mensajero caminó por el Osterreicheland; en todas partes anunció á las gentes, que iban á llegar los héroes de Worms sobre el Rhin. Nada podía agradar tanto al acompañamiento del rey.

Los mensajeros esparcieron la nueva de que los Nibelungos llegaban al país de los Hunos. Crimilda la reina, estaba en una ventana y desde ella veía llegar á sus parientes.

Vió llegar á muchos hombres de su país natal; el rey que estaba á su lado, le dijo: «Tú los recibirás bien Crimilda esposa mía, un grande honor es para tí la venida de tus amados-hermanos.»

«Grande alegría es para mí», respondió Crimilda. «Aquí llegan mis amigos trayendo escudos nuevos y relucientes corazas: el que quiera ganar mi oro, que piense en mis penas y siempre le estaré agradecida.

«Quiero tomar venganza en esta fiesta y que alcance al que me ha causado tantas aflicciones: así quedará satisfecha.»

XXVIII

DE COMO CRIMILDA RECIBIÓ Á HAGEN

Cuando los Borgoñones llegaron al país, lo supo el anciano Hildebrando de Berna, el cual lo dijo á su señor. Dietrich estaba con cuidado; y le rogó que recibiera bien á los fuertes y nobles caballeros.

Wolthart el fuerte hizo traer sus caballos. Con Dietrich cabalgaron por el campo muchos atrevidos guerreros; en aquel sitio habían levantado muchas vistosas tiendas.

Cuando Hagen de Troneja los vió avanzar desde lejos, dijo á sus señores cortesmente. «Echad pie á tierra, guerreros, y salid al encuentro de los que vienen á recibirlos.

«Veo venir hacia aquí un grupo de señores que me son conocidos, son los valientes guerreros del Ame-

lungenland. El de Berna los guía, son muy altivos: no rehuséis ninguno de los servicios que os ofrezcan.»

Habiendo echado pie á tierra de los caballos, permanecieron al lado de Dietrich muchos caballeros y criados. Se adelantaron hacia los extranjeros hasta el lugar en que estaban los héroes y saludaron amistosamente á los del país de Borgoña.

Desearéis saber lo que Dietrich dijo á los hijos de Uta cuando vió que se acercaban; aquella expedición le causaba pesar y pensaba que Rudigero lo sabía y se lo habría dicho.

«Bien venidos seáis señores Gunter y Geiselher, Gernot y Hagen, y también vos señor Volker y el arrojado Dankwart: ¿no sabéis que todavía Crimilda llora al del Nibelungenland?»

«Ella puede llorar largo tiempo», contestó Hagen. «Muchos años hace ya que cayó muerto y debe amar al rey de los Hunos. Sigfrido no puede volver; hace mucho que está enterrado.»

«Dejemos ahora las heridas de Sigfrido; por mucho que viva la señora Crimilda son de temer grandes desgracias.» Así dijo el noble Dietrich de Berna. «Por eso os debéis cuidar, jefe de los Nibelungos.»

«¿Por qué he de cuidarme», contestó el altivo rey. «Etzel nos ha enviado mensajeros, ¿qué tenía más que preguntar para venir hasta su reino? También nos ha enviado su invitación mi hermana Crimilda.»

(CONTINUARÁ)



DESDE LA PLATEA

Decía el gran Sarcey, según nos ha referido Blasco en una de sus admirables críticas, que el público francés y el público español y todos los públicos del mundo van por donde les llevan los autores; que cual un niño encastillado en andadores de vistoso color, el gran público, el monstruo imponente que parece dominar por sí propio é imponer su juicio inapelable, ni tiene juicio ni tiene autoridad, y si las tiene, ó no sabe ó no quiere ejercer estos grandes derechos de la inteligencia; le basta con dejarse llevar por la supremacía del genio y encarrilar sus sentimientos y amoldar sus gustos del lado que le impone la sarcástica y rutinaria ley de las costumbres.

Decimos esto á propósito de uno de los últimos estrenos verificados en el Teatro Principal por la compañía del Sr. Salvat.

Y no es que nosotros tratemos ahora de ensalzar el mérito más ó menos positivo de *La pena*—boceto de drama—, aunque la obra lo tiene y muy sobrado; es que en la representación (deficientísima, por cierto) del cuadro de los señores Quintero, el público se aburría, se fastidiaba, se *dormía*, en una palabra, como se dormirá con el mejor drama del mejor autor hecho por los más grandes actores.

Ni *La pena* merece una gran discusión, ni nosotros tratamos de entablarla con el público; pero sí hay en el estreno de esta obra un punto de observación, un detalle precioso que sí vale la pena de recogerlo y analizarlo, siquiera por lo que tiene de humano, y valga por lo que valiere.

Cuando el autor tiene la gracia ó la suerte de escoger un asunto con el cual llega á interesar las fibras del corazón humano y ganar por tan difícil procedimiento el interés y la voluntad del público, el autor triunfa con el legítimo efecto de la realidad de su obra, y el público siente en toda su intensidad la emoción artística y honda y real de todo lo vivido, de todo lo que, antes de la nota de arte, dá la vibración del sentimiento.

Pues bien; los autores de *La pena*, habílsimos y afortunados de suyo, han ensayado un cuadro de vida íntima, motivado con todas las dulzuras y sinsabores, con las ternuras y delicadezas sentimentales que la naturaleza lleva al hogar del matrimonio joven.

Hay en este cuadro tal ambiente de conmovedora sencillez y son tan sinceras y tiernas las lágrimas de la madre ante su niña muerta; y tan profundo el dolor sagrado del joven padre, y tiene todo el boceto tan simpático sabor á plegaria de corazones doloridos, que por su misma naturalidad, por su sublime sencillez, aquel poemita agrídulce es una especie de imantada dolora que busca calor y refugio en el sentimiento del público.

Pero ni nuestro público dió calor á la dolora de los Quinteros, ni la acarició con una mirada de piadosa bondad, ni nadie se enteró del asunto ni menos sintió el aleteo espiritual de la identificación al poema.

¿Por qué? Muy sencillo, porque el gusto de nuestro público no tira por ese lado, porque el paladar del gran maestro se asoció tiempo ha á los desplantes barateros del duelo sensible que todo lo compone á navajazos, y ante la musiquilla zarzuelera y el falso gesto del colegial enamorado, y el chiste duro y rebuscado del guardia del orden y el enervante *frou-frou* de las almidonadas faldas de la infiel bailadora del sainete, ante las grandes creaciones duelistas que hace muchos años que dominan en nuestra escena, no hay pensador posible ni drama venido del otro mundo capaz de interesar y ganar al público.

Hemos, de dar, pues, la razón á Sarcey, y convenir tristemente pensando, en que el crítico francés tenía sobrada razón al decir que el público no tiene voluntad propia, sino una rutinaria obediencia á los autores.

Para buena fortuna, la que los autores de *La Macarena* tienen con su obra en Barcelona.

Todo es llegar ó saber llegar á tiempo para estrenar una obra, y estos señores han dado en el clavo (de la empresa, ¿eh?) con su sainete de costumbres andaluzas.

Como Molas no ha podido ofrecer á mitad de temporada otro mejor plato que su *Portfolio*, porque ni tiene obras ni personal disponible para grandes campañas teatrales, la empresa sigue estrujando el jugo y hasta la hiel de los cuadros de Arniches y Paso y Paso y Arniches, y con estos y el refuerzo de *La Macarena* va tirando de la temporada y acabando con Cerbón, si de Cerbón quedaba algo.

No obstante todo lo expuesto, el público sigue yendo á Eldorado, y bien ó mal, con altas ó bajas en la taquilla, Eldorado acabará la temporada. Y el año próximo pasará lo mismo, si no nos dan algo peor, y trampa adelante.

Porque... ¡Oh! ¡Sarcey! ¡qué bien dijo de los públicos!

* *

Después de la brevísima temporada de la compañía de Salvat en el Teatro Principal, este coliseo ha abierto nuevamente sus puertas á los muy conocidos y notables actores señores Balaguer y Larra, que hasta el pasado año pertenecieron al teatro Lara de Madrid.

Divorciados de la empresa madrileña, Larra y Balaguer formaron una compañía de cómicos serios, inteligentes, cuajados ya en el oficio de la escena, y con ellos se lanzaron por su propia cuenta á hacer arte verdadero y comedias como Dios manda.

Y no han debido salir mal del todo las cuentas porque la empresa de estos jóvenes directores goza hoy de un muy honroso nombre, y la compañía sigue viento en popa.

De los estrenos anunciados que nos preparan, hasta hoy sólo han puesto en escena el sainete de Benavente *Modas*, que, dado el justo nombre que disfruta el agudísimo y fino autor de *La Farándula*, llevó bastante concurrencia al Teatro Principal.

La obra de Benavente, si bien no sirve para con ella alcanzar una reputación de autor, vale por lo menos para afianzar en su punto al que se lo ha sabido ganar en varias ocasiones.

Tiene el sainete, además de situaciones muy bien pensadas y discretamente hechas, ese chiste frío y acerado, esa sátira culta y punzante, esa especie de alfilerazo elegante y sangriento que constituye la original característica de Jacinto Benavente.

El público acogió *Modas* con singular agrado, y tenemos la buena fe de creer que los aplausos tributados al autor y á la ejecución eran aplausos de buena ley.

Larra y Balaguer estrenaron como se deben estrenar las obras del fuste de *Modas*: sabiendo el papel y cuidándose de la ejecución.

De las demás obras que llevan puestas en escena, baste decir que, como repertorio especial que cultivan, casi todas han sido estrenadas por Larra y Balaguer en Lara, de donde resulta cada comedia un primor y cada noche un nuevo triunfo para la compañía.

* *

La compañía dramática y de declamación que actuaba en Novedades dió sus últimos golpes á *El Nacimiento del Niño Dios* y dejó el puesto á otra de la misma cuerda, que ha comenzado con los consabidos dramones de folletín francés.

Esperemos los estrenos que nos anuncia, y Dios haga que en estos no mueran muchos mártires ni danzen muchas hermanas de la Caridad...

ALBERTO

* *

FOTOGRAFIA ARTISTICA

HISPANIA no aspira solamente á servir á sus lectores en la esfera en que puede realizarlo toda publicación que desea *hacer arte* por sí misma, sino que extendiendo sus medios se propone vivir más que hasta ahora en contacto espiritual con aquellos.

Esta convinencia del espíritu se ha realizado ya en el orden literario con la colaboración espontánea — y agradecida por nosotros — á que debemos trabajos muy estimables. Pero no sucede lo mismo en el orden artístico, y se propone *Hispania* estimular el buen gusto de sus lectores en un procedimiento que no por ser puramente científico deja de tener un aspecto artístico: la fotografía.

La fotografía pasó hace tiempo del dominio de la especulación profesional; hoy es una afición muy extendida y en la que los buenos *amateurs* han hecho obra de verdadero arte por el asunto y por la colocación y expresión de las figuras. Una Revista que tiene por lema *Todo por y para el Arte* no podía desdeñar lo que de artístico tiene la fotografía, á la que ella misma acude cuando es necesario.

Hispania no abre propiamente un concurso de



EN LA ALAMEDA

(Cliché de D. Eusebio Bertrán)

fotografías, pero ofrece sus páginas á aquellos de sus lectores (*amateurs*, no profesionales) que satisfacen esta afición con gusto artístico, agradeciendo la colaboración que en este particular se le ofrezca.

No es necesario sujetar á base alguna nuestro llamamiento, porque el buen juicio de nuestros futuros colaboradores sabrá discernir entre lo artístico-fotográfico y lo fotográfico simplemente. Escenas, tipos, costumbres, paisajes, todo cabe en el dominio del aficionado artista.

Hispania reproducirá los clichés dignos de la publicidad con la perfección material que ha sido siempre su característica, reservándolos luego á disposición de sus autores, cuyos nombres firmarán las correspondientes reproducciones.

Ocioso parece añadir que á cada cliché deberá acompañar una prueba y una sencilla noticia del asunto, dirigido todo ello en las mejores condiciones de seguridad del cristal ó película á la dirección de *Hispania*, la cual acusará oportunamente recibo.



EN EL BOSQUE

(Cliché de D. Eusebio Bertrán)

A black and white photograph of a young girl standing in front of large columns. She is wearing a dark dress with a patterned capelet and a large, ornate headpiece. She is holding a small object in her hands.

El niño SALVADOR MEDINA Y MONTORO
disfrazado de Rey de Armas del tiempo de los Reyes Católicos

LO QUE SE LEE

PÉTALOS Y SÉPALOS.—Por D. José González Matallana.
Colección de artículos y poesías muy recomendables
por su factura.

SANGRE ESPAÑOLA.— Por D.^a Blanca de los Ríos.
La distinguida escritora ha añadido una nueva obra al catálogo de las que ya tiene publicadas.

Esta novela fué premiada en el concurso abierto por nuestro colega *Blanco y Negro*.

JOVENTUT.—El número 100 de esta Revista contiene notables trabajos de Arnau, Martínez, Apeles Mestres, Pena, Brull y otros.

PORTFOLIO DE GALICIA.— El cuaderno 3.º que hemos recibido es digno de los dos anteriores.

Su precio—60 céntimos—lo pone al alcance del gran público, al que recomendamos esta publicación.

FAULAS D'ISOP.—Por D. J. Alcoberro y Carós.
Traducción directa del griego al catalán.

ARQUITECTURA, ETC.— Como los anteriores, el número 114 de esta notable publicación interesa en grado sumo á arquitectos, decoradores y constructores.

Está nutrido de artículos é ilustraciones dignas del crédito que ha adquirido.

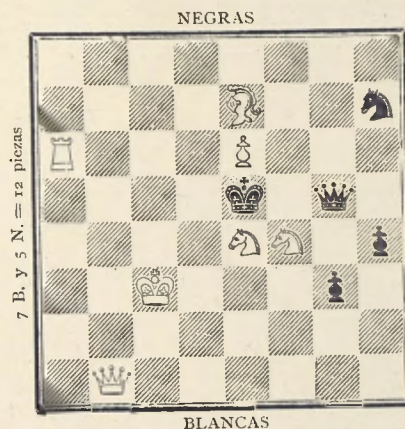
LASCAS.—Poesías de D. Salvador Díaz Mirón.—Veracruz.

Como muestra del *temperamento* del Sr. Mirón copiamos únicamente estos cuatro versos:

Es un monstruo que me turba. — Ojo glauco y enemigo,
como el vidrio de una rada con hondura que, por poca,
amenaza los bajeles con las uñas de la roca.
La nariz resulta grácil y aseméjase á un gran higo.
Etcétera.

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 45.—A. G. FELLOWS



Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

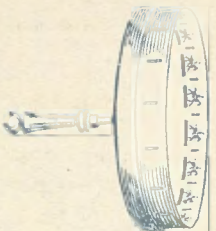
SOLUCIÓN AL PROBLEMA 44, POR J. DUBRUSKY

	Blancas		Negras
1.	D 8 T	1.	A toma D
2.	T toma P jaque	2.	R toma A
3.	C 6 C R mate.		

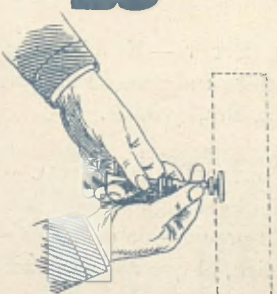
Variantes: Si... C toma D; 2. A 7 C R, etc.—Si... A toma T; 2. A 6 R jaque, etc.—Si... R toma T; 2. A 1 C jaque, etc.—Si... C 2 D; 2. D 8 R, etc.

Las circunstancias excepcionales por que ha pasado Barcelona, nos han impedido, bien á pesar nuestro, publicar el presente número á su debido tiempo.

Sirvanos de excusa la fuerza mayor cerca de nuestros favorecedores.



ANIMATÓGRAFO FAMILIAR



Ingenioso juguete que permite estudiar el movimiento de las personas y de los animales.

Los adultos admirarán en él una nueva aplicación de la fotografía animada, á los artistas les permitirá el estudio de varios movimientos y para los niños es un juguete entretenido é instructivo.



CON DOCE COLECCIONES DE

FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

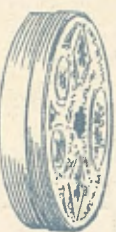
Bailarina, Soldado, Caballo al paso, Caballo al trote, Caballo al galope, Caballo alta Escuela, Cabra Saltando, Elefante, Dromedario, Ánade volando, Perro Danés al galope, Cigüeña andando.

Hállase de venta en las principales librerías y en las tiendas de juguetes al precio de

PRIMERA SERIE

Cuatro pesetas.

Se remite por correo certificado contra el recibo de 4'75 pesetas en sellos ó libranzas del giro mútuo.



A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.